

que por igual se atribuyen a la coacción moral. De un lado la obra nefasta de la rutina, del prejuicio, del precepto legal; la obra destructora del dogma empujando á la humanidad por los derroteros de la guerra, de la apropiación y del poder; la obra suicida del privilegio, que pretende convertir a unos en dioses y a otros en bestias. De otra parte la obra silenciosa, apenas perceptible, de la virtud, del saber, de la bondad, del espíritu grandemente humano que nos obliga a detenernos admirados ante la sencillez majestuosa con que de vez en cuando el hombre se yergue, entre la multitud de todas las depravaciones, abnegado, amoroso, sublime

Aférranse á los hechos del primer grupo todos los mantenedores del mal. Para ellos la coacción no es más que eso, cuanto tiene de aparente y

de ficticio, encarnado en la turbamulta de sus representantes legítimos: gobernantes, jueces, sacerdotes, soldados, etc.

Para nosotros, la coacción moral es aquella otra labor silenciosa, digna de todo hombre de corazón; aquella labor en que las virtudes esenciales, los mejores y más humanos sentimientos y las más espléndidas luces de la inteligencia se ponen al servicio del bien. Idealistas sin teologismos ni metafísicas, ofrecemos todas nuestras facultades y fuerzas en holocausto al triunfo definitivo de la bondad, en cuyos términos de justicia y de humanidad, un mundo de amor y de bienestar para todos, pero de amor y de bienestar real y efectivo, es la ofrenda hecha al porvenir.

Ricardo Mella.

Revisión de valores ¹

La presión, la coacción, la persistencia de la derechas había impuesto a la impresión, a la debilidad, a la inconstancia de las izquierdas este lugar común: "Ferrer no era un pedagogo". La tenaz insistencia de las derechas para demostrar que Ferrer no era un hombre erudito, ni un hombre culto, ni un hombre inmaculado en su vida privada había influido de tal modo en las izquierdas, que éstas cuando hablaban de Ferrer, señalaban como cuestión previa la falta de cultura, la falta de virtud del fundador de la Escuela Moderna. Las izquierdas iban a hablar de la muerte de un hombre. Y para hablar de su muerte comenzaron a describir su vida. Y describían su vida según la pintaban, según la presentaban, según la figuraban los

mismos hombres que tuvieron interés en su muerte.

Había que reaccionar contra esto. Los señores de la Defensa Social no creemos que sean lo bastante eruditos, para extender patentes de erudición; los conservadores que tienen en su haber los postes telegráficos, las comunicaciones marítimas, los mismos hechos de Barcelona, no creemos que posean suficiente prestigio para rubricar certificados de virtud; las congregaciones religiosas que se han dedicado siempre a la enseñanza en España, que han formado en sus colegios a nuestras clases elevadas, no creemos que reúnan documentos bastantes para erigirse en árbitros de cuestiones pedagógicas. La crítica de la erudición, pide sabios; el juicio de la virtud quiere santos; el examen de una aptitud, exige maestros. Y hasta hoy ni los sabios, ni los santos, ni los maestros se han levantado para juzgar a Ferrer. Se han levantado los que no participaban de sus principios ni de

(1) Creemos de interés la publicación del siguiente artículo que, aunque refiriéndose al parlamento español, trata de una cuestión que interesa a todos. Tiene además el mérito de aclarar un punto que está en discusión en todas partes, y el valor de una firma nada sospechosa de parcialidad en cuanto a ideas avanzadas.—(N. de la D.)